



Apóstoles para los jóvenes

Día del Seminario 2018



Subsidio litúrgico



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Subsidio litúrgico

Apóstoles para los jóvenes

Día del Seminario 2018

**Opción 1. Si se celebra el domingo 18 de marzo,
V domingo de Cuaresma**

Monición de entrada

Celebramos hoy el V domingo de Cuaresma. Nos acercamos a la semana más importante del año litúrgico, en la que viviremos con la máxima intensidad que Jesucristo padeció, murió y resucitó por nuestra salvación. Cada vez que nos reunimos en la eucaristía recordamos la nueva alianza que Dios ha establecido con nosotros los hombres a través de su entrega total por amor. En este domingo celebramos también el Día del Seminario. Por eso, hoy vamos a tener especialmente presentes en nuestra oración a quienes se preparan para ser sacerdotes; para que sean pastores que enseñen, santifiquen y guíen al Pueblo de Dios conforme al corazón de Cristo. El lema del Día del Seminario de este año es «Apóstoles para los jóvenes». Por ello, le pedimos a Dios que siga suscitando vocaciones, de modo que el Evangelio siga siendo anunciado, y animando especialmente a los jóvenes de nuestras comunidades a vivir en Cristo.

Acto penitencial (si se emplea la tercera fórmula)

℣/. Tú, que has sellado con nosotros la nueva alianza, Señor, ten piedad.

℟/. Señor, ten piedad.

℣/. Tú, que obedeciendo te has convertido en autor de salvación eterna: Cristo, ten piedad.

℟/. Cristo, ten piedad.

℣/. Tú, que, habiendo sido elevado, atraes a todos hacia ti: Señor, ten piedad.

℟/. Señor, ten piedad.

Sacerdote: Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdona nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

℟/. Amén.

No hay Gloria

Monición a las lecturas

En las lecturas que la liturgia nos ofrece hoy escucharemos la promesa de la nueva alianza, a través de Jeremías; una alianza eterna que superará a la que Dios selló con el pueblo de Israel al sacarlo de Egipto. En el salmo responderemos a la Palabra de Dios pidiendo al Señor un corazón puro, a través del salmo 50, el salmo penitencial por excelencia. La Carta a los Hebreos nos pondrá a Cristo como ejemplo de obediencia perfecta a Dios, ya que antepone la voluntad del Padre a la suya propia. Por último, el evangelio nos invita a unir-

nos a la fecundidad de la vida del Señor. Pero para ello hemos de ser primero como Cristo, el grano de trigo que cae en tierra y muere. Solo participando de su elevación a la cruz podremos participar de la glorificación de la que nos habla el evangelista san Juan.

Notas para la homilía

En primer lugar, debemos tener en cuenta que las lecturas de los domingos de Cuaresma guardan una unidad temática. Este domingo V continúa el itinerario iniciado desde hace cuatro domingos. Las primeras lecturas, del Antiguo Testamento, se centran en la alianza que Dios ha establecido con su pueblo. A través de distintos episodios se nos pretende encaminar paulatinamente hacia la realización definitiva de esa alianza, por la muerte y resurrección de Cristo. Las segundas lecturas y el evangelio son pasajes cristológicos, que tienen como centro temático el Misterio pascual de Cristo. A los cristianos se nos anima a participar en él por la celebración de los sacramentos y con nuestra propia vida. En definitiva, alianza y Misterio pascual de Cristo conforman la temática principal de este ciclo B y también de este domingo.

No debemos olvidar la oración colecta de la misa, en la que en pocas palabras se nos marca el sentido de la celebración eucarística de hoy. En concreto, en este domingo se pide a Dios «que, con tu ayuda, avancemos animosamente hacia aquel mismo amor que movió a tu Hijo a entregarse a la muerte por la salvación del mundo». Por lo tanto, todo cuanto hemos escuchado en las lecturas que la liturgia nos ofrece debe ser leído a la luz de tres conceptos: amor, entrega y salvación del mundo. Comprendemos así que la oración inicial de la misa nos insiste en crecer en amor, para así aumentar nuestra entrega. Pero para ello no estamos solos: contamos con el ejemplo de Jesucristo, que vivió esa entrega hasta la muerte y solo así ha salvado al mundo.

Ahora bien, el amor y la entrega no son dos ideas abstractas, sino que a lo largo de la Historia de la Salvación se han hecho carne en personas concretas a través de las cuales Dios ha mostrado cómo es posible avanzar animosamente por este camino. En la primera lectura, el profeta Jeremías anuncia por primera vez en el Antiguo Testamento que habrá una nueva alianza, tras el fracaso de la primera. Una alianza honda e interior, que provocará un conocimiento íntimo entre Dios y su pueblo. Con ello, se plasma de manera muy concreta el amor que Dios manifiesta por los suyos. No obstante, la promesa de Jeremías llegará a su verdadero y definitivo cumplimiento por Jesucristo, mediador y sacerdote de la nueva alianza, que, obedeciendo hasta la muerte, se convierte en autor de salvación eterna. Las palabras del evangelio nos permiten descubrir cómo el mismo Jesús es consciente de la necesidad de morir a sí mismo para tener nueva vida. Por medio de la imagen del grano de trigo que cae en tierra, muere y da mucho fruto, el Señor nos revela no solo su propio destino, sino el de todo el que se une a él. Únicamente por su entrega radical atraerá a todos hacia él.

Del mismo modo que la Antigua Alianza es anticipo de la entrega total y definitiva de Cristo en la Nueva Alianza, el amor y la entrega radical para la salvación del mundo se sigue realizando hoy en la vida de la Iglesia. Todos los cristianos estamos llamados, tal y como escuchábamos al comienzo de la misa, a avanzar hacia el mismo amor que impulsó a Cristo a entregar su vida y salvar el mundo. Sin embargo, también algunos somos llamados a ser ministros de Jesucristo para, en su nombre, enseñar a los hombres a través de su Palabra, continuar su misión de salvación del mundo gracias a la celebración de los sacramentos y seguir guiando al Pueblo de Dios, hoy presente en la vida de la Iglesia.

Es necesario y urgente que ante un mundo a veces sin esperanza y donde se piensa que el amor radical y la entrega incondicional es

algo prácticamente imposible de vivir, haya quien se encargue de anunciarlo y vivirlo. No por sus propias fuerzas, sino como ministros y con la ayuda de quien les ha elegido. Son los ministros que Dios ha querido para que la Nueva Alianza siga siendo conocida y realizada de manera concreta entre nosotros hoy.

Por otro lado, en el evangelio descubrimos la sed de ver y conocer a Cristo que experimenta el corazón de todo hombre. La respuesta a esta inquietud pasa sin duda por el seguimiento incondicional al Señor. Algunos jóvenes son llamados hoy a ser apóstoles, dejándose atraer por la fascinación de Cristo; una invitación similar a la que recibió Felipe y Andrés, quienes hicieron de intermediarios entre Jesús y quienes sentían curiosidad e inquietud por lo que hacía y decía Jesús. El «queremos ver a Jesús» de los griegos que habían venido a celebrar la fiesta sigue resonando hoy entre tantas y tantas personas. Hemos de pedirle a Dios que siempre haya personas dispuestas a mostrar y anunciar el rostro del Señor, con la mayor transparencia posible.

Oración de los fieles

Sacerdote: Oremos, hermanos, a Dios Padre, por Jesucristo, mediador de la nueva alianza:

- Por el papa Francisco y por nuestro obispo N. Para que el Señor les asista en su tarea de pastorear el rebaño de Dios. Roguemos al Señor.
- Por los presbíteros, colaboradores de los obispos en su misión de enseñar, santificar y guiar al Pueblo de Dios. Roguemos al Señor.
- Por los seminaristas, por sus formadores y profesores. Para que sean dóciles y fieles a lo que la Iglesia les pide. Roguemos al Señor.

- Por nuestro mundo, tan necesitado de la salvación que nos ha traído Jesucristo. Por los que sufren: los enfermos, las personas que están solas, quienes viven lejos de sus hogares y de los suyos. Para que pongamos por obra la llamada hacia el amor radical que nos hace el Señor en el Evangelio. Roguemos al Señor.
- Por nosotros. Para que a ejemplo de Cristo sepamos caer en la tierra como el grano de trigo, para así dar verdadero fruto. Roguemos al Señor.
- Por quienes celebramos hoy la Eucaristía, especialmente por los más jóvenes. Para que escuchando la Palabra del Señor y participando de su mesa, el Señor nos dé un corazón nuevo, dispuesto a responderle generosamente y ser siempre «apóstoles para los jóvenes». Roguemos al Señor.

Sacerdote: Escucha, oh, Dios, la oración que tu Iglesia te presenta y concédele abundantes vocaciones sacerdotales, que puedan servirte como ministros de tu Hijo Jesucristo, autor de salvación eterna. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

℟/. Amén.

Monición antes de comenzar el canto de ofertorio

Junto a la presentación de los dones del pan y del vino para la celebración de la eucaristía os invitamos a todos los que formamos esta asamblea a ofrecer nuestra ayuda económica para las necesidades de nuestro seminario. De este modo también colaboramos a que los futuros sacerdotes se preparen para servir en nuestras comunidades.

Oración sobre el pueblo y bendición

Sacerdote: Señor, bendice a tu pueblo, que espera siempre el don de la misericordia, y concédele, inspirado por ti, recibir lo que desea de tu generosidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟/. Amén.

Sacerdote: Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo +, y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

℟/. Amén.

Opción 2. Si se celebra el día 19 de marzo, solemnidad de San José

Monición de entrada

Celebramos hoy la solemnidad de San José, esposo de María, varón bueno y justo. Fue él quien acogió y educó a Jesús, Hijo de Dios. San José es la persona a la que Dios confió la custodia de los primeros misterios de la salvación del hombre. San José es también el patrono de la Iglesia y de los seminarios. Por este motivo, celebramos hoy el Día del Seminario. Hoy nos sentimos especialmente implicados, en primer lugar, a orar por las vocaciones sacerdotales: para que sean muchos los llamados por Dios y respondan generosamente a esta invitación. Rezamos también por los jóvenes. El lema del Día del Seminario de este año es «Apóstoles para los jóvenes». Para que a través del ministerio de los sacerdotes los jóvenes descubran la belleza de la vocación a la que el Señor les llama.

Acto penitencial (si se emplea la tercera fórmula)

℣/. Tú, el Hijo de David nacido de María, Señor, ten piedad.

℟/. Señor, ten piedad.

℣/. Tú, el Hijo de Dios entregado a los hombres: Cristo, ten piedad.

℟/. Cristo, ten piedad.

℣/. Tú, el Primogénito del Padre: Señor, ten piedad.

℟/. Señor, ten piedad.

Sacerdote: Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdona nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx/. Amén.

Hay Gloria

Monición a las lecturas

En la primera lectura, del Segundo Libro de Samuel, escuchamos la promesa de una descendencia al rey David. Uno de su linaje será quien reinará para siempre en un reinado firme. El salmo responsorial invita a cantar la misericordia del Señor por esta promesa sellada por Dios. La segunda lectura nos propone a Abrahán no solo como beneficiario de una gran descendencia, sino, ante todo, como padre de fe y modelo de esperanza. El evangelio concreta en san José la fe la esperanza y el abandono confiado en la voluntad de Dios y lo presenta como varón justo y obediente al designio de Dios.

Notas para la homilía

Para los israelitas, pueblo que desde antiguo aspiraba a tener una tierra propia, no existe bendición mayor de Dios que una descendencia numerosa y una tierra concreta para habitar. Paulatinamente la Escritura nos permite ver cómo esta doble promesa va tomando cuerpo. Sin embargo, la acción de Dios supera siempre las expectativas humanas. Por muy organizados y pensados que estén los planes del hombre, Dios es quien lleva la iniciativa en la historia de su pueblo y la nuestra propia. Es lo que le sucede a David, a través del profeta Natán. Cuando David ha decidido, ante la pobreza del lugar en el que habita el arca de la alianza, edificar una casa al Se-

ñor, Natán le sorprende, diciéndole que será el mismo Dios el que le construirá una casa. Pero ahora no se trata ya de un lugar físico, sino de una casa en sentido de linaje, de dinastía. Esta descendencia estará destinada a reinar eternamente. Conforme pasaron los años, los israelitas constataron que tanto David como sus descendientes morían y que incluso llevaban a la ruina al pueblo. Sin embargo, la confianza del Pueblo de Dios en ese descendiente se mantuvo siempre firme en el los israelitas.

La segunda lectura, de la Carta de san Pablo a los Romanos detiene la mirada en un antecesor de David: en el patriarca Abrahán, también padre de una descendencia numerosa destinada a heredar el mundo. Abrahán es señalado por el Antiguo Testamento como el ejemplo máximo de fe probada. Gracias a ella san Pablo lo designa como «padre de todos nosotros». Por eso mismo y por su esperanza sin vacilación es contado como justo.

Detenernos hoy en la figura de san José nos lleva a concentrar en él las promesas dirigidas a Abrahán y, más cercanas en el tiempo, a David, puesto que José es descendiente de este linaje. Él es «hijo de David» y será quien posibilite legalmente que Jesús sea asociado también a la casa de David. Ciertamente, al igual que Abrahán, José tuvo que probar su fe, tal y como escuchamos en el evangelio. Hubo de fiarse de María, del ángel y, en definitiva, de Dios. Pero al igual que a Abrahán y a David, también se le dio una esperanza, haciéndole comprender que sería colaborador de una obra en la que Dios llevaría la iniciativa; y que gracias a su sí sería posible que Jesús salvara a su pueblo de sus pecados. Así pues, a través de José se concreta y se lleva a término la esperanza del Mesías, prometida siglos antes a David, y el nuevo inicio de la descendencia numerosa en la fe anunciado a Abrahán.

Esta nueva descendencia ya no se circunscribirá a una tribu, a una familia o a un pueblo concreto. Del mismo modo que no fue David

el encargado de construir una casa a Dios, la descendencia definitiva del Pueblo de Dios estará fundamentada en la fe y no en la carne y la sangre. La descendencia eterna es la de los miembros de la Iglesia. Del mismo modo que Dios ha confió a la fiel custodia de José los primeros misterios de la salvación humana, el Señor sigue confiando a su Iglesia el designio de Dios de conservar siempre y llevar a plenitud esta promesa (Cf. oración colecta de la misa de hoy).

La figura de José está asociada a su misión de hacer de padre de Jesús. Esta paternidad es ejercida en la Iglesia de modo particular a través de los sacerdotes, quienes han de animar la fe y la esperanza en las promesas de Dios a su pueblo. Del mismo modo que Jesús niño fue confiado al cuidado de José, también el Señor sigue poniendo ante nosotros la ayuda de los sacerdotes para que al igual que el niño Jesús podamos crecer en sabiduría y en gracia.

Oración de los fieles

Sacerdote: Oremos, hermanos, a Dios Padre, por Jesucristo, mediador de la nueva alianza:

- Por el papa Francisco y por nuestro obispo N. Para que el Señor les asista en su tarea de pastorear el rebaño de Dios. Roguemos al Señor.
- Por los presbíteros, colaboradores de los obispos en su misión de enseñar, santificar y guiar al Pueblo de Dios. Roguemos al Señor.
- Por quienes se forman en el seminario, por sus formadores y profesores. Para que sean dóciles y fieles a lo que la Iglesia les pide, al igual que San José lo fue a la voluntad de Dios. Roguemos al Señor.

- Por nuestro mundo, tan necesitado de la salvación que nos ha traído Jesucristo. Por los que sufren: los enfermos, las personas que están solas, quienes viven lejos de sus hogares y de los suyos. Para que pongamos por obra la llamada hacia el amor radical que nos hace el Señor en el Evangelio. Roguemos al Señor.
- Por nosotros. Para que, al igual que José, estemos siempre disponibles a cumplir la voluntad de Dios sobre todas las cosas. Roguemos al Señor.
- Por quienes celebramos hoy la Eucaristía, especialmente por los más jóvenes. Para que escuchando la Palabra del Señor y participando de su mesa, el Señor nos dé un corazón nuevo, dispuesto a responderle generosamente y ser siempre «apóstoles para los jóvenes». Roguemos al Señor.

Sacerdote: Escucha, oh, Dios, la oración que tu Iglesia te presenta y concédele, por intercesión de San José, abundantes vocaciones sacerdotales, que puedan servirte como ministros de tu Hijo Jesucristo, autor de salvación eterna. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

℟/. Amén.

Monición antes de comenzar el canto de ofertorio

Junto a la presentación de los dones del pan y del vino para la celebración de la eucaristía, os invitamos a todos los que formamos esta asamblea a ofrecer nuestra ayuda económica para las necesidades de nuestro seminario. De este modo también colaboramos a que los futuros sacerdotes se preparen para servir en nuestras comunidades.

Oración sobre el pueblo y bendición

Sacerdote: Vuelve, Señor, hacia ti el corazón de tu pueblo; y tú que le concedes la intercesión y custodia de san José, no dejes de orientarle con tu continua protección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟/. Amén.

Sacerdote: Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo +, y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

℟/. Amén.

